

De la revolución utópica a la democracia desencantada

Yoclevsky, Ricardo A.

Veröffentlichungsversion / Published Version

Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Yoclevsky, R. A. (1997). De la revolución utópica a la democracia desencantada. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 41(168), 127-142. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1997.168.49397>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Commercial-NoDerivatives). For more information see:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

De la revolución utópica a la democracia desencantada

RICARDO A. YOCELEVSKY*

Resumen

El autor aborda las distintas posturas conceptuales que sobre la ideología socialista se han suscitado y el impacto que ellas han tenido en el ámbito de las ciencias sociales. En un recorrido que nos lleva desde las concepciones socialistas decimonónicas hasta las posturas internaciona- listas, nacionalistas y desarrollistas del presente siglo (desde la Primera Guerra Mundial hasta los años ochenta), el autor va trazando un camino de desencanto cada vez mayor con respecto a la realización de las utopías socialistas. Para el caso, la situación del área latinoamericana sirve como gran marco de referencia al autor proporcionándole un modelo paradigmático de la búsqueda, desarrollo y crisis de esta clase de pensamiento sociopolítico.

Abstract

The author touches upon the different conceptual viewpoints of socialist ideologies, and the impact they have had in the field of social sciences. In a journey that takes us from the socialist concepts of the 19th century to the international, national and developmental stands of this century (from World War I to the 80's), the author sketches a road of growing disenchantment with the realization of socialist utopias. The Latin American situation is used by the author as a frame of reference that provides him with a paradigmatic model of the research, develop- ment and crisis for this sort of sociopolitical thought.

Las utopías socialistas del siglo pasado eran radicales. Proponían eliminar tanto las relaciones de explotación como las de domi- nación. En general, las utopías contienen un futuro ideal, construido a partir de algún pasado idealizado. Esto último es lo que contiene las variaciones más grandes, puesto que el futuro ideal en las utopías modernas siempre será alguna forma de realización de los principios de libertad, igualdad y fraternidad. Sin embargo, los términos de li- bertad e igualdad dependen de la concepción que se tenga del indivi- duo y su relación de pertenencia a algún tipo de colectividad. La conjugación ideal de estos términos era la "integración" del indivi-

duo “libre” en una colectividad fraterna, igualitaria y protectora. Para el comunismo y el socialismo decimonónico esto era una comunidad universal de trabajadores.

El principio que resume todo eso es la solidaridad. El movimiento socialista de la segunda mitad del siglo pasado veía en la clase obrera al sujeto universal, capaz de acabar con la desigualdad y la opresión partiendo de su propia solidaridad de clase. La expresión más alta de ella era el internacionalismo proletario, base de la negativa de los obreros organizados a participar en cualquier guerra internacional en que tuvieran que enfrentarse con otros trabajadores de otra nacionalidad. Así asegurarían la realización de uno de los elementos fundamentales de toda utopía: la paz. El principio competidor era el nacionalismo, pertenencia legitimada por la participación en un pasado común, invariablemente glorioso.

Lo más cercano a un intento de aplicación práctica de este principio fue el acuerdo contra la guerra aprobado por la Segunda Internacional en el congreso de Stuttgart en 1907. Sin embargo, la única propuesta que conservaba el carácter utópico “podía haber sido rechazada por ser completamente impracticable” y “en realidad en el congreso nadie la acogió” (Cole, 1974:5). Esta propuesta, presentada por Gustave Hervé, “era una invitación breve y franca dirigida a la clase obrera de todos los países para que rechazasen cualquier forma de ‘patriotismo burgués y gubernamental, que mentirosamente sostiene la existencia de una comunidad de intereses entre todos los habitantes de un país’” (Cole, 1974:72).

Otras tres propuestas debieron ser combinadas y negociadas por una subcomisión que produjo finalmente una declaración cuyos párrafos finales afirmaban los deberes de los trabajadores ante la amenaza de guerra o su comienzo:

Si existe la amenaza de que la guerra estalle, es obligación de la clase trabajadora de los países y estados, y obligación de sus representantes parlamentarios, con la ayuda de la Oficina Internacional como poder activo y coordinador, hacer toda clase de esfuerzos para evitar la guerra por todos los medios que le parezcan más apropiados, medios que naturalmente variarán con arreglo a la intensidad de la lucha de clases y a la situación política en general.

En el caso de que a pesar de esto estalle la guerra, es su obligación intervenir a fin de ponerle término en seguida, y con toda su fuerza aprovechar la crisis económica y política creada por la guerra para agitar los estratos más profundos del pueblo y precipitar la caída de la dominación capitalista (citado en Cole, 1974:78).

Ésta fue la principal discusión del congreso, y el acuerdo es un ejemplo de solución con palabras ambiguas a un problema de conceptos y decisiones. Ya no se trataba sólo de afirmar un principio. Ahora había que considerar a partidos políticos integrados en el sistema de sus respectivos países y embarcados en la lucha electoral por la obtención de asientos en sus respectivos parlamentos. Este cambio había ocurrido en la mayoría de los países europeos alrededor de 1890 (Przeworski, 1990:121). El acuerdo contra la guerra fue ratificado y precisado en Copenhague en 1910 y las dificultades de su aplicación ya se hicieron manifiestas en Basilea en 1912. La emergencia de 1914 no pudo ser enfrentada por la Internacional reunida en Viena y París.

Las dificultades prácticas de la aplicación de los principios generales estribaban en los compromisos que en cada país habían adquirido los partidos socialistas, y las dificultades que enfrentarían al intentar acciones acordadas internacionalmente, en particular la campaña antimilitarista, para no hablar de huelgas o acciones insurreccionales en contra de la guerra.

Si consideramos a la Primera Guerra Mundial como el comienzo del siglo XX, tenemos que decir que la revolución utópica nunca ocurrió; más bien que de la utopía socialista sólo quedó aquello que la Revolución de Octubre fue capaz de encarnar para sus contemporáneos. Ella ocurrió cuando los fundamentos de esa utopía comenzaban a desaparecer. Para que la guerra alcanzara su desarrollo pleno, esto es, la participación de las masas europeas, debió morir el internacionalismo proletario. La idea de un mundo sin guerras como producto de la negativa de los trabajadores a matarse unos a otros fue la utopía máxima y el máximo de idealización de la clase obrera en tanto protagonista de una nueva historia.

La revolución rusa, en cierto sentido, representa el cumplimiento estricto de la parte final del acuerdo de Stuttgart, o por lo menos una

de sus interpretaciones posibles. En sucesivas reuniones contra la guerra Lenin planteó, sin éxito, la idea de convertir la crisis creada por la contienda en una coyuntura revolucionaria. En esas reuniones había desde simples pacifistas que buscaban una solución negociada al conflicto bélico hasta revolucionarios dispuestos a no hacer concesiones a los beligerantes de ningún bando, empezando por los de su misma nacionalidad. Así, aun antes de la Revolución de Octubre, ya estaba la semilla de una nueva Internacional. Que ésta se haya fundado en Rusia revolucionaria significa que las consideraciones prácticas representadas por los intereses del Estado soviético relativizaban el principio internacionalista desde el comienzo (Claudín, 1977).

El fin de la Primera Guerra provocó la generalización del Estado nacional como forma de organización de la dominación en el sistema capitalista. Por una parte, el desmembramiento de los imperios derrotados significó la independencia, total o relativa, de las naciones de Europa Central y los Balcanes, y la promesa de independencia, como incentivo para la rebelión y colaboración con los aliados en las colonias de esos imperios.

La revolución rusa atrajo a los militantes de todas las nacionalidades que peregrinaron para conocer, apoyar y disfrutar el nuevo mundo que nacía. El modelo revolucionario fue imitado sin éxito perdurable, pero generalizó el molde organizativo de los consejos obreros y del partido revolucionario lo suficiente como para constituir una Internacional con secciones nacionales estructuradas a imagen y semejanza o, al menos, como caricaturas de los bolcheviques. Sin embargo, la utopía internacionalista había muerto con Jaurés. La nueva Internacional pasó a ser un instrumento de la política exterior de la Unión Soviética en distintos sentidos, con variaciones de acuerdo con la evolución del proceso de integración de la Unión Soviética a las realidades geopolíticas del mundo capitalista, en el cual las formas dominantes de organización eran el Estado nacional independiente o las colonias.

La coexistencia de relaciones económicas, si no globales en el sentido que se le da hoy a esa palabra, al menos en expansión con pretensiones mundiales, con unidades de dominación nacionales, generó la idea de una coincidencia "natural" en las unidades que designaban la realidad económica, política y social (Wallerstein,

1974). Un mundo dividido en estados nacionales se había embarcado en un viaje con un destino común. Los comunistas estaban en desacuerdo con los dirigentes de casi todos los demás países respecto del destino final, pero contaban con una teoría de la historia que podía definir etapas del viaje que se podían cubrir en común. Junto con el socialismo en un solo país nació el programa de etapas por cumplir antes de la lucha por el socialismo para los países coloniales y semicoloniales, en lenguaje de la Tercera Internacional.

Las expresiones internacionalistas del periodo de entreguerras ya no fueron propuestas de oposición obrera a las guerras nacionales interimperialistas, sino esfuerzos de defensa conjunta frente a la contrarrevolución fascista. La cumbre más alta de ellas estuvo encarnada en las Brigadas Internacionales que lucharon en la Guerra Civil Española.

La estrategia y la táctica del movimiento comunista eran diseñadas de acuerdo con una teoría de la revolución nacional, cuyas etapas estaban predefinidas, de modo que las tareas de los comunistas en cada situación nacional estaban claramente fijadas.

El tema de la independencia y la integración nacional dominó el campo ideológico de los países periféricos. América Latina transitó de la dominación británica a la de Estados Unidos acompañada del estímulo a la integración nacional en el campo cultural que significó la Unión Panamericana. Al mismo tiempo que, en Europa, el nacionalismo reaccionario, anticomunista y antiliberal, daba paso al fascismo, los movimientos militares nacionalistas en América Latina podían ser nacionalistas y populistas, antinmigrantes donde los inmigrantes eran obreros socialistas y anarquistas, o nacionalistas populistas como en Chile, donde un gobierno surgido de un golpe militar decretó la república socialista por once días en 1931.

La segunda posguerra trajo la promesa del desarrollo para todos los estados nacionales, surgidos la mayoría de la descolonización. Las élites locales abrazaron el programa desarrollista y generaron a su alrededor amplias alianzas sociales, en las que las izquierdas, donde existían, entraron subordinadas a un programa de desarrollo nacional, que era entendido como una etapa previa, de revolución nacional burguesa, necesaria para cumplir "tareas históricas pendientes" y, por lo tanto, progresistas. Hay que decir que la democracia no era una preocupación central de estas alianzas, ya que el

contenido democrático de estos movimientos se podía subordinar al contenido social y nacional del programa.

Este marco nacional en el que se debía actuar para modificar las relaciones de explotación y de dominación produjo la doble lógica en que se mueven las ideologías políticas y las explicaciones que dan las ciencias sociales a la situación de los países latinoamericanos. Una lógica centrada en lo nacional, que remarca el “atraso” con respecto a un proceso evolutivo en el que estaríamos embarcados, sin opción de decidir, y una lógica de la explotación internacional, en que todas las clases estarían embarcadas en una aventura “nacional”, sin opción tampoco de disentir acerca del rumbo.

El periodo entre guerras produjo la paradoja de enfrentar al “socialismo nacional” en la izquierda contra el “nacional socialismo” en la derecha. Las alianzas del tipo Frente Popular antifascista prefiguraron en los países latinoamericanos las alianzas sociales desarrollistas de la segunda posguerra. La ideología del desarrollo nacional sirvió de fundamento a una “tercera posición” que después obtuvo estatus de concepción estratégica como “tercermundismo”.

En América Latina el horizonte ideológico quedó cubierto por el desarrollo nacional como meta indiscutible. La amplitud de las alianzas sociales que apoyaron a las distintas versiones nacionales de los proyectos nacional-populista-desarrollistas no tiene paralelo. La estrategia del desarrollo nacional se centró en la industrialización como motor del crecimiento. Ésta produciría los cambios en la sociedad que justificaban la colaboración de clases antagónicas en el marco de un periodo o etapa de desarrollo nacional, previo a cualquier planteamiento acerca de la transformación socialista. Esto significaba priorizar la explotación internacional (el imperialismo) por sobre la explotación de clases (el capitalismo) como explicación de la situación de los países latinoamericanos. La explotación imperialista era presentada como el obstáculo a un desarrollo capitalista “nacional” independiente, que pudiera sentar las bases del futuro enfrentamiento de clases y la lucha por el socialismo.

El eje de estas alianzas modernizadoras estaba constituido por la burguesía industrial y las clases medias dependientes del Estado, la burocracia y los sectores militares. Esto fortalecía a una burguesía que, de acuerdo con el libreto prescrito de la historia del desarrollo capitalista, no había estado a la altura de su papel histórico. No había

podido realizar, o al menos no había podido completar la revolución “democrático-burguesa”, ni lograr las metas propias de esa “etapa” como eran la independencia nacional, la transformación del sector agrario y la democracia burguesa. La protección del Estado significaba que el proceso de industrialización tardío (atrasado) se realizaría por “sustitución de importaciones”, lo cual beneficiaría a otros aliados que apoyaban el proyecto. Obviamente, la industrialización haría crecer a una clase obrera urbana que obtendría trabajo estable y productivo. El desarrollo de un mercado interno para la producción de esta industria nacional sustitutiva requeriría de una paulatina redistribución del ingreso, lo cual implicaba que el trabajo industrial fuera relativamente bien remunerado y, eventualmente, la propia industrialización necesitaría, con esta misma lógica, incorporar a las masas rurales al consumo de bienes industriales para mejorar así su posición en el mercado mediante políticas de reforma agraria y distribución de los beneficios del desarrollo.

Esta alianza y el proyecto de desarrollo nacional apoyado teóricamente en ella, llegaron a constituir una verdadera utopía latinoamericana. El único sector social ausente de la alianza desarrollista, al menos en teoría, era la oligarquía tradicional terrateniente, clase definida como remanente feudal y obstáculo al desarrollo capitalista. Sin embargo, la teorización expuesta era la racionalización que se hacía desde el movimiento obrero, el cual se subordinaba a la política desarrollista en la práctica. La teoría que orientaba la acción de los gobiernos desarrollistas era la que se formulaba como ciencia social, que se incorporaba al mundo académico en la década de los cincuenta, cuando adquirían auge las profesiones nuevas en las universidades que formarían los cuadros técnicos de este desarrollo nacional. Las alianzas políticas y sus expresiones ideológicas variaban mucho de un país a otro, pero la alianza social de base se mantenía. Lo que podía hacer diferencias era la posición político-ideológica en función de la situación internacional: la guerra fría.

La renuncia de los comunistas a la idea de revolución, o su resignación a la postergación indefinida de ella en función del análisis realista del atraso en el tránsito al capitalismo de los países periféricos, era consistente con una repartición del mundo en “zonas de influencia” entre los dos contendientes en la guerra fría. Esto provocaba la “refracción ideológica” que hacía aparecer a los naciona-

listas como más radicales en el Tercer Mundo, aun cuando las propuestas desarrollistas significaban la subordinación de las clases trabajadoras, urbanas y rurales, a unas burguesías que, tras la ideología nacionalista, a su vez se subordinaban en el plano internacional.

Para las ciencias sociales estos problemas aparecían como la frustración en el logro de las metas del desarrollo, especialmente cuando se separaban las condiciones “técnicas” de las políticas. Debe recordarse que el pensamiento desarrollista —que dominó a las ciencias sociales latinoamericanas en la primera etapa de su implantación en las universidades y de su práctica en los organismos de planificación de los gobiernos— tenía su principal inspirador en Raúl Prebisch y que éste centró su acción en un organismo de las Naciones Unidas, la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), el cual daba apoyo técnico a los gobiernos pero no participaba en los conflictos políticos a través de los cuales transcurría la aplicación de su modelo de política de desarrollo. A pesar de esto, Prebisch y la CEPAL cultivaron la cercanía de algunos políticos jóvenes cuyas carreras tuvieron su etapa de ascenso en la década de los cincuenta y para quienes se podría decir que el desarrollo económico por la vía de las reformas pacíficas y graduales sobre la base de estos acuerdos nacionales, apoyados en una alianza social tan amplia como la que se ha descrito más arriba, llegó a ser una verdadera utopía, realista y practicable.

Lo que cambió completamente el clima ideológico en la década de los sesenta fue la Revolución cubana. Es difícil transmitir hoy una impresión ajustada de lo que significó la Revolución cubana para sus contemporáneos y la generación que se formó en los diez primeros años de su desarrollo. En ella se repitió el efecto que ya hemos señalado para la Revolución de Octubre. Por una parte, se constituyó en meta de peregrinación, fuente de inspiración y de prestigio revolucionario, mientras por otra generaba también un modelo de organización y acción política que buscaría luego desarrollar sus fundamentos teóricos en distintos niveles, todo lo cual impactó a la política, la ideología y la práctica de las ciencias sociales en América Latina.

En un primer momento, la llegada al poder de Fidel Castro y su Movimiento 26 de Julio constituyó una anécdota romántica, pero no más que eso, dentro de la tendencia de los últimos años de esa década al remplazo de algunas dictaduras, como la de Pérez Jiménez

en Venezuela y Rojas Pinilla en Colombia. Lo esperable en los barbudos era que se identificaran con las tendencias dominantes: nacionalismo, populismo y desarrollismo. Sin embargo, la decisión con la que emprendieron un conjunto de reformas atrajo el apoyo de quienes pensaban que los resultados de la política de desarrollo no eran los esperados debido a una falta de empuje político. La reforma agraria decretada por el gobierno revolucionario fue la tercera de su envergadura en toda la región (después de México y Bolivia). Parecía entonces que Cuba sería el campo de aplicación de la utopía desarrollista. Sin embargo, eso no era todo: la nacionalización de propiedades de norteamericanos y la respuesta del gobierno de Eisenhower radicalizaron el conflicto y Fidel Castro proclamó la Revolución cubana como socialista.

Lo que Régis Debray llamó el “castrismo” era un fenómeno mucho más complejo de lo que se podía apreciar en ese momento. Una revolución socialista en Cuba puso en crisis a los esquemas ideológicos vigentes en la justificación de las alianzas sociales desarrollista-populistas, planteó una nueva utopía y ofreció un modelo de organización política a una nueva élite con aspiraciones de poder (Debray, 1969).

Proclamar la posibilidad del tránsito al socialismo en Cuba en 1960 era desahuciar los esquemas de los partidos comunistas acerca de la revolución por etapas. Por otra parte, para los desarrollistas, mostraba que el camino era el de la transformación radical y no el de las reformas vacilantes. Las ambigüedades ideológicas de la alianza desarrollista quedaban solucionadas en la nueva utopía: el socialismo no era sólo un nuevo modelo de sociedad sino también una vía de desarrollo. La generación joven de las clases medias con educación universitaria, aspirando a constituirse en élite social y política, vio la posibilidad de ahorrarse una carrera política en los partidos o en los cuarteles a través del atajo del foco guerrillero, donde constituidos en vanguardia ilustrada de un movimiento campesino y popular urbano llegarían al poder para realizar, en un solo cambio histórico, el socialismo y el desarrollo económico de sus respectivos países.

América Latina nunca volvería a ser la misma después de la Revolución cubana. Con la excepción de Costa Rica, no hubo un país de la región en que no surgiera un movimiento armado inspirado más

o menos lejanamente en el modelo cubano. Hay que decir también que la única guerrilla victoriosa después de la de Fidel Castro fue la de los sandinistas en Nicaragua, veinte años más tarde y cuando las condiciones del continente eran muy otras.

La composición de las guerrillas es importante para examinar su ideología y su evolución posterior. Desde el comienzo fue más importante en el conjunto heterogéneo denominado castrismo el componente de procedencia nacionalista-populista que el marxista. Más tarde se agregó al conjunto de la "nueva izquierda" el elemento maoísta, el cual sí procedía mayoritariamente de los partidos comunistas. Para estos movimientos las cosas eran claras, o así lo parecían. La estrategia era la propuesta por Ernesto "Ché" Guevara en sus escritos militares, clásicos de la época: "La guerra de guerrillas" y "La guerra de guerrillas, un método": un foco guerrillero, predominantemente rural en los países de América Latina, compuesto por elementos ideologizados (fundamentalmente clase media educada y, en no pocos casos, hijos de la élite política) apoyados por campesinos pobres. Los casos de guerrilla urbana fueron pocos: Venezuela, el primero; Uruguay, el más exitoso y publicitado; Chile y Argentina, nunca preponderantes en la acción política de la izquierda sino como reacción a las dictaduras militares. Para todas estas variedades de movimientos no había duda de que la lucha era por el socialismo. Cuba demostraba que era posible emprender ese camino sin esperar una etapa de desarrollo capitalista nacional independiente, liderado por una burguesía nacional ant imperialista. El problema teórico que esto planteaba, que marcó el desarrollo de las ciencias sociales y la ideología política en América Latina por más de una década, era cómo justificar en términos de las teorías de Marx y Lenin este salto histórico. Es alrededor de estos problemas que surgen las teorías de la dependencia.

La cuestión central planteada es la suficiencia o insuficiencia del desarrollo del capitalismo en América Latina, como para plantear un programa político centrado en su superación a través de una revolución socialista. La posición oficial de los partidos comunistas era la ya descrita: la supervivencia de rasgos feudales en los países coloniales y semicoloniales hacían necesaria una etapa de desarrollo capitalista que permitiera, entre otras cosas, el desarrollo y fortalecimiento de una clase obrera industrial que asumiera el papel pro-

tagónico, a través de su vanguardia, el partido comunista, en la lucha por el socialismo en una etapa posterior. Hasta entonces, los partidos comunistas deberían apoyar todos los intentos de la burguesía nacional que apuntaran en la dirección de un desarrollo nacional independiente. Esta posición había sido atacada por los grupos trotskistas tanto desde el punto de vista estratégico como desde sus fundamentos históricos. En el planteamiento estratégico, se afirmaba que la revolución no se podía detener en etapas previas a la lucha por el socialismo. Una vez generada la situación revolucionaria, el proletariado debería convertirla en un proceso "permanente", al radicalizar las medidas democrático-burguesas aún pendientes. Si bien se reconocía el "atraso" del proceso histórico latinoamericano, se rechazaba la idea de etapas históricas homogéneas, como la revolución democrático-burguesa conceptualizada a partir de la Revolución francesa de 1789. Se planteaba que el desarrollo histórico ocurría de manera "desigual y combinada" y que, por ejemplo, el grado de integración nacional de España al conquistar América hacía difícil pensar en que hubiera trasladado a sus colonias una organización feudal. Se planteaba, en cambio, la existencia de rasgos burgueses en revoluciones anteriores a la francesa. Todo este argumento tenía, sin embargo, muy escasa resonancia en los medios políticos y sindicales populares, salvo excepciones en algún país latinoamericano, antes de la Revolución cubana.

Una vez difundido el modelo cubano en la primera mitad de los sesenta, apareció un planteamiento teórico que se prestaba para fundamentar su estrategia. Fue el de André Gunder Frank. Su teoría del "desarrollo del subdesarrollo" rompía radicalmente con la lógica del atraso en la explicación de la situación de las sociedades latinoamericanas. Los casos concretos de algunas regiones famosas por su pobreza en algunos países de Latinoamérica (notoriamente, por ejemplo, el nordeste del Brasil y algunas zonas de México) no podrían ser explicadas porque aún el capitalismo no se desarrollaba en ellas. Por el contrario, la pobreza observable hoy allí es la herencia del capitalismo que conectó con el mercado mundial a esas regiones en otro tiempo, haciéndolas florecer, para abandonarlas luego al cambiar el ciclo económico. Una conclusión política a la que se saltaba desde este planteamiento, era que no sólo no era necesario esperar un desarrollo capitalista previo a la lucha por el socia-

lismo, sino que ese desarrollo capitalista era imposible y la única vía de desarrollo abierta para los países latinoamericanos era la revolución socialista.

La discusión conceptual se centró en qué había que entender por capitalismo. Por un lado, la ortodoxia comunista se centraba en las relaciones de producción dentro de cada país, y la consecuente ausencia o debilidad de la clase obrera por falta de desarrollo de las relaciones salariales. Por el otro, la nueva izquierda ponía el acento en el carácter capitalista de la explotación internacional, el destino último de la producción en el mercado mundial, enfatizando el proceso de explotación que significaba la extracción de excedente económico —un concepto más amplio que el de plusvalía— y que no suponía las relaciones salariales como la forma predominante de explotación del trabajo. El correlato político-estratégico era la definición de los actores que “debían” participar en la revolución que venía, y cuál debía ser el programa de esa revolución.

En este contexto discursivo, las contribuciones de Althusser y Poulantzas, introducidas las del primero en América Latina por Marta Harnecker, llegaron a constituir el eje de la discusión académica marxista, sumadas a todos los elementos que contribuyeron al fenómeno mundial de 1968. Las nociones abstractas pero sistematizadas replazaron a la investigación social, transformando el problema en uno de definición conceptual de los modos de producción y sus relaciones y mezclas en la realidad concreta. Por supuesto, ésta era otra vía teórica de exploración del problema de la estructura de clases y las alianzas políticas posibles y legítimas desde el punto de vista ideológico en función de la revolución.

Este mundo ideológico latinoamericano, caracterizado sólo a grandes trazos aquí, era el dominante en el contexto académico de las ciencias sociales, además de prefigurar el futuro posible, como crítica a la tendencia desarrollista y reformista dominante, pero a partir de la muy tangible realidad de Cuba. A pesar de los golpes de estado en Brasil en 1964 y en Argentina en 1966, la década de los sesenta terminó con un alza de los movimientos progresistas en todo el mundo, conocida por algunos como la “revolución de 1968”. Todavía los primeros años de los setenta vieron un alza de los gobiernos reformistas con fundamentos nacionalistas (Perú y Bolivia), populistas (el

retorno de Perón a la Argentina) e incluso de intención socialista (Allende y la Unidad Popular en Chile).

El impacto internacional de la derrota del gobierno de Allende se puede explicar por muchos factores. Sin embargo, uno particularmente destacado es el carácter utópico de su proyecto: el tránsito pacífico y legal al socialismo. En varios sentidos, la tragedia chilena se pareció a la española de los años treinta. De entre ellos, uno muy importante es que produjo una amplísima bibliografía para tratar de justificar a las distintas posiciones que allí estuvieron en juego. Esta bibliografía, primero referida directamente al caso chileno y luego, poco a poco, haciendo sólo alusiones a él entre otros casos, marcó el camino recorrido por la derrota ideológica de la izquierda latinoamericana.

La derrota militar fue fulminante en Chile. La derrota política tardó más tiempo, a medida que la desarticulación de toda la organización anterior requirió de una represión más amplia y más brutal que lo que nadie había imaginado. La derrota ideológica es quizá la más profunda y la de más larga elaboración. En algunos niveles ésta puede ser rastreada a través de la evolución de las "lecciones de Chile", tal como iban siendo formuladas por los distintos tipos de interesados y afectados.

El resultado del proceso ideológico se puede resumir en unos pocos puntos: en la discusión de la historia de Chile, la aceptación por parte de los vencidos de la versión de los hechos que formulan los vencedores, lo cual implica en un nivel también la inculpación de las víctimas. En el plano de la izquierda internacional, el caso chileno sirvió para reafirmar las posiciones previas, es decir: para la izquierda insurreccional, se probaba que la lucha armada era indispensable, mientras para los reformistas se probaba que no se debe asustar a la burguesía con proyectos que mencionen la palabra socialismo.

La década de los setenta fue de contrarrevolución global en América Latina. En orden de gravedad, tanto el socialismo como el desarrollismo y, finalmente, hasta el nacionalismo fueron desmantelados en sus organizaciones por las dictaduras que hicieron refugiarse en México al grueso de las ciencias sociales de la región, que en otro momento habían tenido su sede principal en Santiago de Chile. Las prácticas represivas alcanzaron una difusión y afectaron a un volu-

men tal de personas que pusieron los derechos humanos en la primera línea de reivindicación política y social. La desaparición de personas alcanzó niveles masivos (se cuentan por miles en algunos países); la tortura, sin ser nueva, se hizo tan común que fue imposible ignorarla. El exilio masivo es un fenómeno cuyas consecuencias serán duraderas en muy distintos ámbitos.

Los procesos de democratización iniciados en los ochenta se basaron en relativizaciones más o menos azarosas de las relaciones de fuerzas establecidas por las dictaduras. Estas situaciones particulares marcaron las características de cada proceso y los matices sobre algunos rasgos generalmente compartidos. En Uruguay, la derrota de la dictadura en un plebiscito acerca de normas obligó a las negociaciones que culminaron con la normalización política. En Argentina, la derrota a manos de los británicos puso en situación de negociar a unas fuerzas armadas que habían logrado arrastrar a la población en la ola chovinista de la aventura de las Malvinas. En Chile, la derrota de Pinochet en el plebiscito de 1988 fue el triunfo de su constitución, dictada en 1980.

Los logros principales son: un mayor respeto a los derechos humanos, aun cuando no es lo completo que sería deseable, y el funcionamiento regular de democracias electorales. Las limitaciones más importantes son: la cuota de poder que mantienen los dictadores de ayer y quienes los apoyaron, expresada como veto a las transformaciones que podrían proponer las nuevas fuerzas en el poder y, lo más ofensivo, la impunidad de los autores de los atropellos más atroces a los derechos humanos. Por parte de los gobiernos democráticos, las limitaciones más importantes tienen que ver con la autoimpuesta moderación en la reivindicación de las demandas sociales y la complacencia con la supervivencia de los poderes fácticos heredados de las dictaduras.

Todo esto es conocido y explicable. Las ofensas que quedaron impunes afectan material y directamente sólo a una minoría de la población. El resto, la gran mayoría, viendo la posibilidad de salir de la situación de dictadura, se siente cansada hasta del tema de la barbarie recién pasada. Sin embargo, la ausencia más notable es la de los portadores tradicionales de la conciencia social: los intelectuales de la izquierda utópica de ayer. Aquí la explicación es la renovación ideológica e intelectual que produjo la experiencia de la dictadura.

La explicación histórica que sirve de justificación a la situación presente, de democratización electoral con impunidad para los dictadores y sus allegados y prescindencia en los aspectos sociales y económicos para conservar el nuevo modelo de desarrollo impuesto por las dictaduras, privilegia los factores autocríticos por sobre el análisis de las fuerzas. Las fórmulas reconciliadoras del tipo “ni vencedores ni vencidos” o “todos fuimos culpables”, son hojas de parra que no logran ocultar las bases de fuerza sobre las que se pretende erigir una nueva democracia.

En estas condiciones, el papel político-ideológico asumido por algunos intelectuales de los más notables resulta empobrecedor para su pensamiento, otrora menos trabado por consideraciones de realismo político. Cuál sea la relación de esto con la calidad de los liderazgos políticos, algunos rayanos en lo grotesco, en ciertos países, es algo que la historia tendrá que investigar.

La democracia electoral, establecida sobre el presupuesto de que la única cuestión social es “la pobreza”, con la cual se asocian las necesidades de salud, educación, vivienda y seguridad social, y que la forma de tratar estas cuestiones sociales es a través de “políticas públicas”, delimita los objetos de la ciencia política como disciplina académica y de la discusión ideológica de “lo posible”.

Los niveles de abstencionismo y la ausencia de movimientos sociales que se expresen a través de los canales abiertos por la democracia electoral, por ejemplo los partidos políticos, genera preocupación tanto en la élite política, cuyo quehacer se ha vuelto cada vez más una cuestión técnica, en el gobierno, o un problema de mercado en la lucha electoral, como en la multiplicidad de autodesignados voceros de los que no tienen voz, que ven que “la sociedad” insiste en permanecer silenciosa y ausente de los procesos electorales.

El realismo político de los intelectuales produce un vacío ideológico que refleja la exclusión de la gran mayoría de las decisiones que afectan a sus vidas. La socialdemocracia que se apoderó de la izquierda latinoamericana no parece capaz de producir una utopía que resulte atractiva y movilizadora. La libertad del mercado inhibe el planteamiento de demandas igualitarias en tanto el derrumbe del socialismo realmente existente legitima la crítica liberal a cualquier planteamiento crítico de la explotación y la dominación capitalista.

Entretanto, el fraccionamiento de los sectores dominados llega hasta la atomización y las demandas sociales que se articulan desde el punto de vista intelectual los incorporan sólo tangencialmente (feminismo, ecologismo). La socialdemocracia parece limitada a la aceptación del liberalismo, sin poder plantear una democracia social que garantice la igualdad de derechos para todos, incluyendo el derecho a ser diferentes.

Bibliografía

- Castro, Fidel, *La Revolución cubana*, México, Era, 1976.
- Claudín, Fernando, *La crisis del movimiento comunista*, Barcelona, Ruedo Ibérico, 1977.
- Cole, G.D.H, *Historia del pensamiento socialista*, vol. III: *La Segunda Internacional, 1889-1914*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974.
- Debray, Régis, *Ensayos sobre América Latina*, México, Era, 1976.
- Przeworski, Adam, *Capitalismo y social-democracia*, México, Alianza Universidad, 1990.
- Wallerstein, Immanuel, *The modern world system*, vol. I, Nueva York, Academic Press, 1974.